
CULTURA POLÍTICA. CIVISMO PARA LA DEMOCRACIA

Julia Pérez Cervera

Algunos piensan que ser cívico es obedecer las reglas sociales y que ser o saber de política es dominar las técnicas de la zancadilla y los golpes bajos para conseguir algún puesto importante en el gobierno o en las instancias de gobierno.

Sin embargo, ser cívico es tener conciencia de pertenencia a una sociedad, más allá de la entidad territorial. Tener conciencia de que todos y todas colaboramos de alguna manera para la construcción de esa sociedad y de que cada uno de nuestros actos tiene una repercusión social.

Por eso, desde todos los ámbitos en los que hemos trabajado los temas de la ciudadanía, la educación ciudadana, las políticas públicas, la construcción social democrática y otros muchos, hemos insistido siempre en dos cosas que nos parecen básicas:

- a) Todos y todas hacemos política.
- b) Es precisa, por tanto, la inclusión y la participación de todos y todas cuando se trata de construir un modelo de sociedad democrático.

El trabajo del Programa Vida Cotidiana y Participación Política (del grupo GEM, al que pertenezco) así como el que hemos estado impulsando desde el grupo Ciudadanas en Movimiento por la Democracia, ha estado centrado fundamentalmente en estos dos puntos.

En muchas ocasiones nos han dicho que ya le paráramos a eso de “todos y todas”. Mucha gente sigue pensando que ya está bien de dar

lata con el tema de “Tomar en cuenta a las mujeres”. Y nosotras seguimos insistiendo. Sobre todo porque, aparte de mucha reticencia, no hemos visto grandes progresos en eso de *incluir de verdad* a las mujeres en el quehacer político cotidiano.

Las ONGs han sido siempre las que han planteado alternativas y señalado vías distintas para afrontar los diversos problemas que afectan a una sociedad. Siempre en el papel de crónica crítica. De inconformes, de sí pero...

En este sentido, las ONGs que consideran importante las cuestiones de género hemos sido doblemente incisivas, doblemente críticas y, por qué no decirlo, doblemente molestas porque no sólo queremos democracia. Además, queremos democracia real, es decir, para toda la población. Y en este punto, lo admitimos, no sólo hemos sido críticas con las instancias gubernamentales, también lo hemos sido y lo vamos a seguir siendo con las no gubernamentales.

Estamos convencidas de que una sociedad discriminatoria, excluyente, donde existen ideas, estereotipos o modelos de conducta que hacen invisible, anulan o ignoran a algún sector de la población, sea el que sea, nunca alcanzará una verdadera democracia. En México existe un sector grande, muy grande, con estas características: el de las mujeres.

¿Qué estrategias hemos seguido para conseguir esa democracia? Múltiples estrategias. Desde dar cursos a población abierta para que sepan que tienen derechos ciudadanos, hasta hacer campañas con carteles en defensa del voto libre y secreto. Hemos pasado por todo: programas en radio, charlas, edición de materiales teóricos, folletos, cartillas, propuestas legislativas, propuestas políticas públicas, foros, encuentros, etc. Como casi todas las ONGs, hemos probado con todo lo que se nos ha ocurrido.

Cuando se está en la oposición hay que usar todos los medios (bajo las reglas democráticas) para conseguir ser visto, ser escuchado. Tarea bien difícil cuando no hay cultura política, o cuando se piensa que ser un buen ciudadano(a) es no meterse en problemas. Y este es el caso de México. No hay cultura política. No puede haber, por tanto, educación cívica. Consecuencia: no hay una consolidada y verdadera democracia.

Parte de nuestra estrategia ha sido incidir en aquellas áreas que están más directamente relacionadas con este tema. A saber, según nuestra opinión:

1. Educación;
2. Participación política;
3. Difusión de derechos;
4. Fortalecimiento de grupos, redes, organizaciones sociales;
5. Diálogo y colaboración con organismos oficiales.

Hemos de decir que el último punto no siempre es posible y no siempre es deseable.

La metodología también ha sido diversa. No hay, por ejemplo, quien dé un curso sobre género a los altos funcionarios. En esos casos, lo único que hemos podido hacer es enviarles invitaciones a los foros o escribir algunas cartas con la esperanza de que el periódico las publique y ellos las lean. Lo primero ha sucedido en algunos casos. Lo segundo no tengo idea, pero tengo la sensación de que no.

Hemos procurado siempre, por ejemplo, llegar a todos los sectores sociales, trabajar en coordinación o colaboración con otras ONGs, hacer un análisis amplio (investigación) de las implicaciones que una determinada propuesta puede tener y, sobre todo, procurar que sea constructiva.

Pensamos que tanto la participación como la diversidad deben formar parte de la metodología de cualquier grupo que tenga como objetivo la construcción democrática.

No creemos mucho en las charlas por las charlas. Nos gustan más las actividades donde la población se involucra en la búsqueda de alternativas, a partir de experiencias reales, que aquéllas donde se fomenta el liderazgo personal o la creación de dioses-mitos. Y dado el momento tecnológico en el que vivimos, hemos optado por usar algunas técnicas de impacto en los medios de comunicación (televisión, radio, spots publicitarios, etcétera).

Finalmente, queremos formular una pequeña argumentación de por qué esa elección de áreas de trabajo y por qué una metodología cruzada de investigación y participación. Para nosotras, en gran medida, la educación cívica empieza en la familia y en la escuela. Es desde estos dos espacios donde la infancia y la juventud aprenden qué tipo de comportamiento social se espera de ellos. Ambos espacios están, a su vez, definidos por intereses políticos que hasta el momento no se han caracterizado por su empeño en fomentar una ciudadanía plena, es decir, libre, con capacidad de pensar, corresponsable, consciente, crítica, renovadora.

Más bien, se han estructurado al servicio de *un no ejercicio de la ciudadanía*, cada vez más individualista y, desde luego, bastante apegado a que todo se conserve como siempre ha estado. Por eso, incluso desde los espacios no escolares, hemos hablado de la educación como un punto fundamental que debe estar en la mira de todo el mundo, tenga o no hijos e hijas en la escuela. Por eso, en gran medida nuestro trabajo se ha centrado en sensibilizar a los padres y las madres sobre la importancia que tiene la educación. Una escuela que enseña sobre la base de obtener conocimientos para conseguir mucho dinero no es una escuela para la corresponsabilidad. Una escuela que no habla ni practica la democracia no es una escuela para la democracia.

El otro punto importante es conocer qué significado tiene la palabra democracia y cómo se construye. Sin conocer los derechos fundamentales que todas las personas tenemos y, sobre todo, sin saber cómo ejercerlos o cómo defenderlos, difícilmente vamos a conseguir que ningún ciudadano o ciudadana se sienta responsable de su ciudad, de su sociedad.

No podemos pedir a quien es objeto de discriminación (cualquier tipo de discriminación, incluido el que se da por razón del sexo) que colabore en la construcción de una sociedad equitativa. No podemos pedirle a quien es objeto de un despido laboral injusto que participe en la mejora de su colonia, si no le ofrecemos apoyo para que se le haga justicia.

No podemos pedir a una sociedad que es a diario maltratada, robada impunemente, abusada por todos los poderes (incluso los ficticios), que entre al juego democrático de la participación sin antes ofrecerle, al menos, una información veraz y un ejemplo claro de que va a ser tomada realmente en cuenta a la hora de definir el modelo de sociedad.

Cuando la política sea el poder que tiene la ciudadanía para decidir sobre la vida que quiere, podremos hablar de cultura política democrática. Y la educación cívica no será otra cosa que la práctica diversa de la participación ciudadana en la vida social y política del país.